

La Novela Film

Núm. 98

30 cts.



PACTO SUBLIME
por Charles Jones y Betty Bouton

LA NOVELA FILM

Redacción } Lauria, n.º 96
Administración } BARCELONA

AÑO II

N.º 98

PACTO SUBLIME

Drama del Oeste americano

interpretado por los siguientes artistas:

WILLIAM SCOTT en el rôle de *Bud Loupel*
CHARLES JONES " " " *Jack Mills*
BETTY BOUTON " " " *Juanita*

* *

Producción WILLIAM FOX

* *

Exclusiva de

Hispano Foxfilm, S. A. E.

Calle de Valencia, 280 - BARCELONA

PACTO SUBLIME

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

*Las reses deben dormir
y dejarnos descansar...
Las reses deben dormir
y dejar el pasto en paz.*

Por turno, con gesto aburrido, clavados en sus respectivos caballos, lanzaban al aire, los dos vaqueros, las notas largas y monótonas de la tonadilla. Existe una creencia y costumbre entre los ganaderos de la región, de apacentar las reses cantando, a fin de que los animales se den cuenta de que son vigilados.

A cortas pausas, Bud Loupel emitía la canción y su compañero Jack Mills le respondía. Dominaban desde lo alto de un repecho al ganado, que, un poco más lejos, pacía en una especie de hondonada.

Rumiaban las reses tranquilamente, y en tanto, los dos camaradas mascaban el tiempo a fuerza de bostezos, pitillos y canciones.

Eran dos muchachos fuertes, con esa plenitud y robustez que da la vida ruda del campo.

Bud era más culto que su compañero. Había

*Prohibida la
reproducción*

*Revisado por
la censura*

cursado varios años en la Universidad. Su carácter dinámico se avenía mal con la disciplina y quietismo de las aulas, y resolvió abandonar los estudios un día en que la añoranza de las praderas le atrajo con la fuerza invencible de su vida libre.

Se querían los dos amigos entrañablemente. Ambos habían dado pruebas recíprocas de su leal afecto en distintas ocasiones en que la aventura les puso en serio peligro de perder la existencia.

Jack chascó la lengua, y tras un largo bostezo, propuso:

—¿Damos una vuelta, Bud? Nos vamos a dormir si continuamos aquí sin movernos.

—Bueno — respondió el amigo desperezándose.

Emprendieron un trote ligero por el altozano que flanqueaba la carretera.

A poco trecho, Jack le dijo a su compañero:

—Fíjate, allá abajo—y señaló el camino.

Un lamentable Ford sufría una *panne* irreparable. Su propietario, era el viejo don Juan que, durante muchos años, dedicábase a hacer el servicio al pueblo más próximo con la diligencia, locomoción que conocía a fondo; pero ahora, en su vejez, tuvo el desacierto de trocarla por el automóvil. Los *cowboys* no le perdonaban aquella velocidad, y gozábanse de lo lindo cuando le ocurría algún percance.

Hacía rato que don Juan, cansado de mirar en el motor, le había dicho a su sobrina con entonación definitiva de desaliento:

—¡Yo no entiendo cómo uncen estos automóviles! ¡No me queda más remedio que enterrarle!

El viejo distinguió a los dos amigos y empezó

a dar voces llamándoles con ademanes exagerados:

—¡Que rabie!—dijo Bud—. Vamos a hacer como si no lo viéramos, para que aprenda a no fiarse de *autos* y a seguir usando caballos.

El pensamiento de los jóvenes era pasar como una flecha por su lado y perderse a lo largo del camino. Mas al acercarse, distinguieron a la linda forastera que, en la parte opuesta, hallábase sentada en el estribo.

Juanita Ross, sobrina de don Juan, apenas era conocida en el pueblo. Después de haber pasado varios años en un Internado, regresaba al lado de su padre.

Los jóvenes vaqueros frenaron los caballos y echaron pie a tierra, un tanto cohibidos ante la distinción de Juanita. Bastó la belleza suave y el mirar sereno de los ojos oscuros de la joven, cosa rara en aquellos parajes vírgenes, para que los dos amigos sintiesen una grata y dulce turbación que reflejaron en sus rostros con visibles muestras y deseos de servirla.

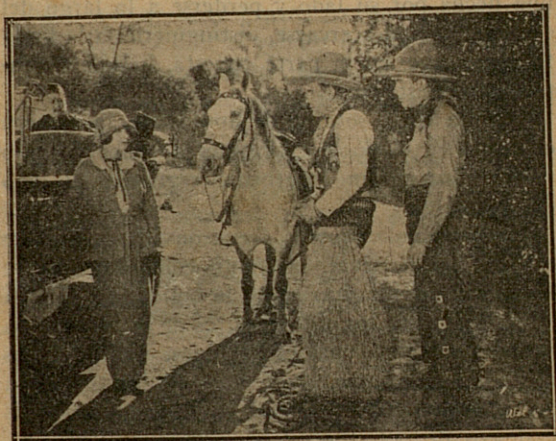
—No sabíamos que venía una dama—observó uno de ellos en tono de disculpa—. Dentro de poco tiempo estará usted en el pueblo—agregó el otro.

—Gracias—repuso la joven, sonriente.

Rápidos, ligeros, los dos vaqueros uncieron los caballos a la parte delantera del coche.

A Juanita le parecía divertida y chocante la forma en que hacían andar el vehículo. Los vaqueros, a caballo, marchaban delante erguidos, arrastrando el coche con la cuerda de sus lazos atada a sus monturas.

En el pueblo fué casi un acontecimiento. La enemiga de los *cowboys* al automóvil se patentizaba con risitas y cuchufletas y ademanes intencionados, que transparentaban el gozo que sentían



Bastó la belleza suave y el mirar sereno de los ojos oscuros de la joven...

ante aquella derrota del lamentable y derrengado Ford.

Pararon a la puerta del domicilio de Juanita, en la cual el padre ya esperaba la llegada de su hija. Juanita saltó precipitadamente del coche y corrió a abrazarle. De pronto, el caballo de Jack espantóse y derribó al vaquero de la silla, que cayó rodando hecho una pelota al suelo.

Sentado en tierra le dijo a la joven, que le miraba:

—¿Qué le parece?... Mi caballo celebra también la llegada de usted.

—Siento de veras que se haya espantado.

—No es nada, señorita—repuso Jack, levantándose y reuniéndose a su amigo, que parecía enmudecido con la absorta contemplación de la joven.

—Muchas gracias por habernos traído a remolque.

Los vaqueros, de pie y descubierta la cabeza, parecía que recibiesen órdenes de Juanita. Esta observaba, complacida, la emoción que había causado en aquellos dos muchachos.

Jack se creyó en el caso de presentarse.

—Yo me llamo Jack Mills—dijo con encantadora llaneza—, y éste es Bud Loupel... mi camarada.

La joven les tendió la mano y despidióse de ellos amable y convencida de que los dos estaban prendidos en las redes de sus encantos.

—¿Ya se van?—demandó un poco socarrón su tío, que, a poca distancia, y como distraído, había presenciado la escena.

—No—repuso Jack, con los ojos llameantes—; voy a buscar un empleo y a quedarme a trabajar en el pueblo.

—Y yo también—dijo Bud más resuelto todavía.

—La verdad es, muchachos—observó don Juan con malicia—, que la joven vale la pena.

* * *

¡Ya lo creo que se quedaron en el pueblo! Jack, aunque más avisado y despierto que su compañero, se vió, por falta de conocimientos, obligado a trabajar de herrador. En cambio, Bud, gracias a su educación universitaria, obtuvo colocación en el Banco del pueblo.

Transcurrían los días y los dos muchachos seguían cada vez más enamorados de Juanita.

La joven no coqueteaba, eso no. Dejaba correr el tiempo y compulsaba con cierta complacencia el amor de los dos muchachos. Sin embargo, parecía que se inclinaba por Bud.

El banquero Rand, desde el día que la vió hablando con su empleado, también se dedicaba a cortejarla. Era un viejo amojamado, en cuyos ojos brillaba la concupiscencia más desenfrenada. Había enterrado dos esposas y buscaba la tercera en la linda persona de Juanita. Ahora que...

Ella consintió un día en dar un paseo a caballo con el viejo banquero. Al pasar por el sitio donde trabajaba Jack, se detuvo y le saludó un momento. A aquel mocetón se le iluminaba el rostro cada vez que veía a la joven. Apenas si podía ocultar la alegría, que resplandecía franca y leal en su mirada.

Juanita complacía con la amistad de sus jóvenes adoradores y soportaba al banquero Rand. Como éste advirtiese la simpática deferencia de que la joven hacía objeto al vaquero, quiso cortar

la conversación y le ordenó más que le dijo a Jack:

—Hágame el favor de apretar la cincha de la silla.

El joven, distraído, obedeció sin advertir el tono del viejo.

—Gracias—dijo Rand con grotesca altivez cuando el joven hubo terminado. Y agregó, arrojándole unas monedas—: No lo hace usted mal. Tenga una propina.

Jack quedó perplejo, y les dejó partir. Entreveía que el viejo, en vez de una gentileza, había tratado de humillarle, y cuanto más cavilaba, más clara se le presentaba la insolencia del banquero. La idea de devolverle la humillación pasó como un relámpago por su pensamiento; y acto seguido, colérico como estaba, montó a caballo y salió a todo galope en su busca.

La ocasión se le presentó magnífica.

El viejo y Juanita vadeaban el río cuando logró darles alcance.

El banquero hacía proposiciones de matrimonio que la joven rechazaba con cierta sorna:

—Dígame que consiente y mañana mismo será la señora de Rand... Le daré a usted todo lo que quiera...

—¿De veras?... Pues quiero Juventud y Romanticismo...

—Yo sé cómo tratar a una esposa.

—Debe saberlo... ya que ha maltratado a dos.

—¡Oh! No se burle usted, Juanita... ¡Yo la quiero con toda mi alma!

El banquero trató de abrazarla; pero en aquel

momento el lazo certero de Jack le hizo caer de espaldas en el río.

Juanita soltó una carcajada.

Jack, mientras el viejo chapoteaba en el agua tratando de ponerse en pie, le dijo, arrojándole a su vez las monedas:

—Le daré un consejo: cuando esta señorita le diga que no, le conviene no insistir.

Celebraron el lance, viendo como Rand, calado hasta los huesos, se alejaba dando tumbos por la parte opuesta del río.

De pronto a Jack se le ocurrió una manera genial de declararse a la joven.

—En la única novela que he leído en mi vida, pasaba algo parecido a lo que aquí ha ocurrido. El héroe también salvaba a la "heroína" de un peligro, y luego le pedía que se casara con él...

Guardó silencio un instante, y añadió:

—¿Qué le parece si yo hiciera el papel de héroe?

La joven, con entonación suave y profunda sinceridad, repuso:

—Lo siento mucho, Jack, pero a quien amo es a Bud.

Se hizo una pausa.

Jack le daba vueltas al sombrero entre sus manos y trataba de dominar la tristeza que las palabras de la joven le ocasionaban.

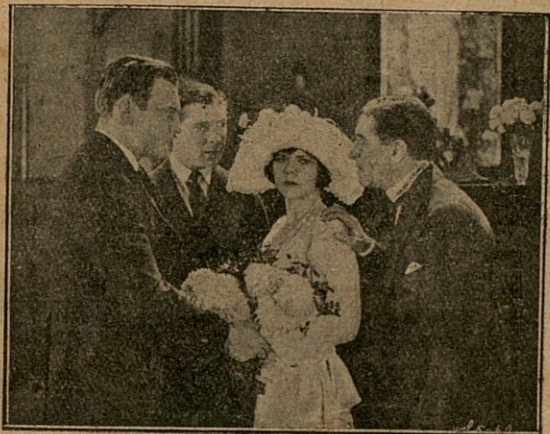
—De no ser yo, me alegro que sea Bud—repuso con cierta conformidad.

Y luego, como queriendo darle a la cuestión un tono risueño, añadió:

—¡Sería una gran cosa que usted tuviera una hermana gemela!

Juanita no pudo menos de sonreírse ante la observación de Jack.

Echaron a andar en dirección al pueblo. Atardecía. La joven observaba cómo el buen



No así el banquero, que, tras la máscara del disimulo, no le perdonaba a Juanita... (pág. 12).

muchacho sentíase más ocurrente y decidor, y no se le escapó que aquella excitada locuacidad velaba una tristeza muy honda.

Sí, era Jack de un temple heroico como sólo se dice en los hombres de las praderas. Conformóse y acató los sentimientos de la joven sin rencor ni despecho. Y así, después de un tiempo,

al verificarse el enlace de Juanita con su camarada, estuvo a la altura de las circunstancias como padrino. Nadie reflejaba mejor la alegría del acto como Jack.

De vez en cuando le decía a su amigo en voz baja y al oído:

—Si no le das mi nombre al primogénito, soy capaz de meterte cinco balas en el pecho.

Sentíase contento de ver felices y dichosos a los dos seres por los cuales habría sacrificado su vida.

No así el banquero, que, tras la máscara del disimulo, no le perdonaba a Juanita que le hubiese rechazado por un empleado suyo. No faltaría tiempo para poderse vengar. Su empleado había caído en la ratonera que, astutamente, le preparó el viejo.

El joven, confiado, adquirió una propiedad que el banquero le vendió a crédito, para instalar en ella el nuevo hogar.

El viejo rumiaba con anticipada voluptuosidad el día en que, agobiado por los apremiantes plazos, tuviese prisionero y a su merced, por los férreos tentáculos de la usura, al joven Bud.

* * *

A Jack no le quedaba ya nada que hacer en el pueblo y resolvió, después de la boda, volver a su vida nómada. Y en ese errar por el mundo sin rumbo fijo, transcurrieron varios años.

El joven matrimonio, cumpliendo su promesa, dió al primogénito el nombre de Jack.

El padrino, de vez en cuando, sentía deseos de verles, y de las regiones más lejanas volvía sobre sus pasos y les sorprendía con su grata visita. Le había regalado a su ahijado un caballo de raza pequeña para que, apenas pudiera tenerse en pie, aprendiese a montar.

Era bueno, sencillamente bueno, Jack...

En una de sus tan inesperadas visitas, Bud le contó sus tristezas y las preocupaciones con que el banquero empezaba a agobiarle.

Poco antes, el joven había escuchado las primeras amenazas de labios de su principal.

—Si me concede usted un plazo para hacer el pago, le prometo abonar los intereses—suplicaba Bud al viejo Rand—. Cuando hicimos el convenio entendí que estaría usted dispuesto a esa concesión.

El viejo negábase a todo arreglo y aducía:

—El dinero está muy escaso... y además se me presenta la oportunidad de vender la casa. Se lo advierte a tiempo.

Bud, desesperado, lamentábase de lo ocurrido, con su leal camarada.

—Todo lo que puedo hacer por ti—expresó el

vaquero, ante su desolación—es ir a romperle la cabeza a Rand si no se conduce decentemente contigo y con Juanita.

Y luego propuso:

—Trata de dar largas al asunto mientras yo veo si entre mis amigos encuentro quien me pres-te dinero.

El vaquero partió aquella misma tarde para Apex City.

Al día siguiente, con la angustia de la amenaza del banquero, Bud encaminóse al Banco. Rand había partido y anunció que estaría ausente del pueblo una semana. La noticia alivió el decaído ánimo de Bud.

La primera operación que el Banco realizó aquella mañana fué con Tom Guinness, cuya fama de poseer un infalible instinto mercantil era proverbial en todo el pueblo.

Quedó Bud extrañado de que necesitase el comerciante dos mil pesetas tan temprano y le preguntó la causa.

—Me han dado informes secretos de una inversión en magníficas acciones de petróleo—repu-so en tono misterioso el hábil negociante.

—¿Pero por qué necesitas—inquirió intrigado—el dinero en efectivo en vez de mandar un cheque?

—Porque nadie debe enterarse.

Y Tom agregó en tono confidencial:

—Siempre has tenido preferencias conmigo en el Banco... y yo no olvido los favores... Pon todo el dinero que tengas... así lo pidas o lo robes... en este negocio... y te garantizo que ganarás el

cuerpo en el pupitre de la ventanilla, con los ojos desorbitados mirando el cadáver de Rand.

Breves instantes transcurrieron de trágico silencio.

Poco después apareció el comisario acompañado de su gente y, dirigiéndose a Bud, le ordenó:

—Tienes que venir conmigo... Es necesario que identifiques el bandido.

Obedeció el joven a pesar de su herida.

A la salida del pueblo, el comisario ordenó a parte de su gente:

—Vayan ustedes por la derecha del río; nosotros tomaremos por la izquierda.

Jack, cortada la retirada por todas partes, viéndose alcanzado, se guareció entre unas rocas.

La gente del comisario estrechó el círculo y situados a conveniente distancia, parapetándose los cuerpos, empezaron a disparar contra él. Las balas silbaban sobre su cabeza. Jack no respondía al tiroteo. Sólo esperaba con ansia a que el fuego devorara las únicas pruebas que existían contra su amigo.

Bud, en tanto, lleno de fiebre más que por efecto de la herida, por las crueles angustias que le producía el peligro que corría su amigo, cayó del caballo y con voz doliente gimió:

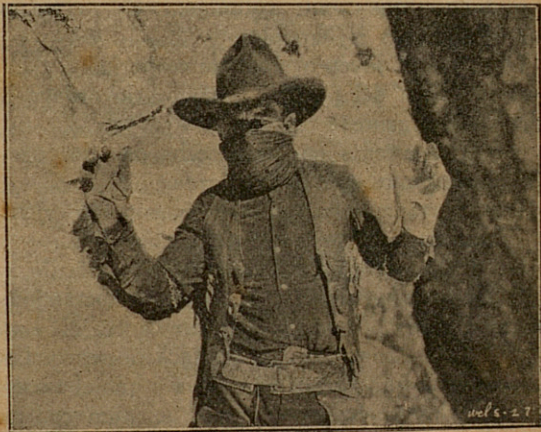
—¡Tengo que regresar, señor comisario!... ¡Ya no puedo más!...

—¡También a Bud le pegó ese bandido un balazo!—exclamó el comisario, dándose cuenta del estado del herido.

—¡Vengan! ¡Hay que matarlo!...

Redoblaron con furia el asedio de Jack. Por

un instante el joven pensó en defenderse; pero al ir a disparar detuvo su mano, dominado por un sentimiento hidalgo más poderoso que su instinto de conservación. Todos aquellos muchachos eran amigos suyos, y él, que elevaba el sentimiento de



Jack obedeció la orden y salió de su escondite con los brazos en alto.

la amistad a la más alta cima, no podía hacer fuego contra ellos.

El comisario, ante su obstinado silencio, gritó:

—¡Cuando salga, levante las manos!

Jack obedeció la orden y salió de su escondite con los brazos en alto.

Avanzó, sereno.

El comisario, al quitarle el pañuelo con que

se encubría el rostro, quedó sorprendido, lo mismo que los demás, que no acertaban a dar crédito a lo que veían.

—¿Pero es posible, Jack?

—Ya lo ve usted—repuso con tranquilidad el vaquero.

Bud experimentaba como una desgarradura en su corazón. Con un temblor en la garganta, que era como el anuncio de un sollozo, exclamó:

—¡El no disparó contra mí!... Fué Rand... ¡Y Jack no tiene la culpa!

Jack le contuvo con la mirada. Bud inclinó la cabeza sobre el pecho. Le flaquearon las piernas y experimentó una sensación de vacío que le hizo ver la figura de su amigo envuelta en una niebla gris.

—¡No hables, Bud, no hables!—dijo con viveza Jack.

Y luego, queriendo despistar la mirada inquisitiva del comisario, agregó:

—Eso te fatiga... No te apures por mí.

Y Bud cayó desvanecido.



Días después, el desdichado Bud era presa de una mortal angustia. La conciencia le acusaba de su cobardía en los momentos en que la fiebre le dejaba libre de sus garras.

Sollozaba, debatíase inquieto, y retorcíase las manos con fuerza. Diríase que con ello tratase de reprimir las voces que, en su alma, clamaban protestando contra el sacrificio del pobre amigo.

Veía a su hijito, su pequeño Jack, corretear alegre por la estancia y un ansia viva de acariciarle, de besarle con vehemencias insospechadas, se apoderaba de él.

—Cálmate, Bud—solía decirle con tierna solitud su esposa.

Bud no podía soportar la serena mirada de Juanita sin sentir la vergüenza que sobre él pesaba. Ella tan noble, tan recta, cuyo aliento femenino apoyábase en la fortaleza del marido. ¡Si supiera que su amado Bud era el más despreciable de los hombres, que, no contento con su ruina moral, había arrastrado a la vergüenza de ser condenado por ladrón y asesino al camarada bueno que nunca vaciló en sacrificarse en aras de la amistad!

No, no se atrevía a afrontar la mirada de Juanita, porque veía en su pureza la acusación más tremenda contra sí mismo.

Sin embargo, él la amaba. Y fué por ella, por su hijito, por el hogar amenazado por lo que se

atrevió a delinquir... Y tampoco lo hubiera hecho sin el engaño del falso amigo, cómplice en los manejos del astuto Rand, que Dios sabe qué torpes intenciones abrigaba en la sequedad de sus sentimientos.

¡No, no podía soportar aquel cruel suplicio, y en su angustia llamaba a la esposa dispuesto a revelarle toda la verdad!

—Bud, sé razonable. Ya te advirtió el médico que no debes agitarte mientras dure esa fiebre—reprendíale, dulcemente, Juanita, acudiendo a sus voces.

Y aquella entonación suave, aquel mimo oculto de la esposa amante helaba en su garganta la confesión que, poco antes, pugnaba por salir de sus labios.

Aquel día celebrábase el juicio contra Jack.

Un comerciante chino que había arraigado en el pueblo y que conocía la amistad que unía a la familia de Bud con Jack, corrió a darle a aquél la noticia.

—En este momento están juzgando al señor Jack... por asesinato.

¡Asesinato!... La palabra sonó en los oídos de Bud como una descarga eléctrica que galvanizó todo su ser. Hasta ahora la verdad, sin dejar de serlo, se le presentaba como una pesadilla torturante y asíase, desesperado en el fondo de su alma, a inaprehensibles y vagas esperanzas. Pero allí estaba la realidad. ¡Jack asesino!...

Veía a su leal amigo inocente, inmolado a la justicia, y aquella visión anticipada de la muerte de Jack le incorporó del diván agitado y trémulo.

—¡Es preciso que le vea!... ¡Es necesario!— exclamó.

—Cálmate, Bud—dijo con acento dolorido la esposa, en cuyos ojos temblaban dos gruesas lágrimas—. Ya sé cuánto quieres a Jack... pero ir a su lado ahora, en tu estado, sería fatal para ti... A mí también se me destroza el corazón al pensar que Jack es un ladrón y un asesino...

Bud, acongojado, con la mirada extraviada, medio enloquecido, exclamó:

—¡No lo es!... ¡Soy yo!... ¡Yo soy el asesino y el ladrón!

Juanita retrocedió, llevándose la mano a los labios con inconsciente ademán de terror. Petrificada, con las pupilas dilatadas, fijaba la mirada en su marido.

—¡No me mires así!... ¡No! ¡Iré ahora mismo a decirles la verdad!—gritó Bud, enloquecido.

—¡Dios mío!—sollozó la joven.

Bud ocultaba su rostro entre sus manos. Un llanto convulsivo, entrecortado, agitaba su pecho.

Sucedió una pausa, sólo interrumpida por los sollozos.

El pequeño Jack penetró en la estancia. ¿Qué reacción produjo en su almita, virgen todavía al drama de la vida, la vista de su padre desolado?

Acercóse a él con timidez, con asustado asombro, y preguntó:

—¡Papá!... Pero... ¿estás llorando?

Bud abrazó a su hijo con emoción de despedida. Un instinto sutil, ese hilillo invisible que prende en el corazón de padres e hijos, le adver-

tía que era la última vez que veía a su pequeño Jack.

Con voz debilitada y reprimiendo la ternura que amenazaba desbordarse de su pecho, le dijo:

—Papá y mamá tienen que ir al pueblo, ¿sabes?... Quédate tú al cuidado de la casa.

Y luego, más serenado, se volvió a Juanita:

—¿Vamos?

Ella inclinó la cabeza y le dió el brazo.

Bud, con paso incierto, apoyándose en su esposa, venciendo la fiebre que le devoraba, fortalecido por el sentimiento de justicia y de deber, encaminóse adonde Jack bravamente cargaba sobre sí toda la culpa del delito.

Goza el vaquero de la simpatía de todo el pueblo, y la gente invadió la sala donde se veía la causa, con más piedad para el procesado que malsana curiosidad

Jack permanecía sereno.

El fiscal, desconcertado ante su tranquilidad, ante su mirada limpia, le abrumaba a preguntas y exhortaciones.

Jack, impaciente por sus circunloquios, se levantó y dijo con entonación clara:

—¿Es que no quiere usted entenderme? Ya le expliqué bien claro que maté a Rand y que no quiero defenderme.

No; no estaba clara su actitud, y el juez insistió:

—Jack Mills, está usted acusado del asesinato de William Rand... ¿Es usted inocente o culpable del delito que se le imputa?

El vaquero, imperturbable, repuso:

—Soy culpable, señor juez.

—¿Sabe usted que la pena de ese delito es la de muerte? ¿Y sabe, además, que el haberse confesado culpable en nada atenúa su culpa?

—Lo sé, señor Juez.



—Soy culpable, señor Juez.

De pronto se hizo un murmullo en toda la sala.

Bud avanzaba del brazo de su esposa con visibles muestras de agitación en el rostro.

Al verlo, Jack empalideció ligeramente.

—Jack es inocente. ¡Soy yo el culpable!

El vaquero intervino con viveza:

—No lo crean ustedes; ¡el asesino soy yo!

Y entonces entablóse una pugna entre los dos

amigos, en la cual mutuamente trataron de recabar la acusación del robo del Banco y del asesinato de Rand.

Bud, una de las veces, apeló al testimonio del comerciante Tom, que comparecía en calidad de testigo:



—No lo crean ustedes; ¡el asesino soy yo!

—¿Te acuerdas del dinero que te di para que compraras acciones de la Compañía Apex?

Visiblemente contrariado, temiendo sin duda que le complicaran en el asunto, el comerciante declaró:

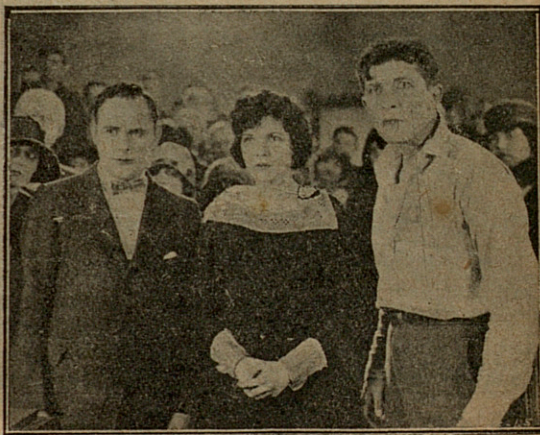
—En efecto; pero no sabía...

—Pues ese dinero lo robé del Banco... y convine con Jack en que fingiera un asalto... para ocultar la substracción.

Febril, jadeante, sintiendo por momentos que se le escapaba la vida, quería librar de la sombra de una sospecha a su leal y generoso amigo.

—Todos ustedes conocen a Jack y saben que no es un ladrón ni un asesino... Yo maté a Rand después de haber él disparado sobre mí.

Y volviéndose al tribunal con angustiada voz:



—*¡Yo fui quien metió a Jack en este enredo!...*

—*¡Yo fui quien metió a Jack en este enredo!...*—*¡Yo soy el único culpable!*

El vaquero replicó, enérgico:

—No crean una palabra de lo que dice... Todos ustedes saben que Bud y yo hemos sido como hermanos desde hace años... y el pobre es capaz de cualquier cosa por mí.

Bud repetía, sollozando:

—*¡Soy yo! ¡Soy yo!*

Su voz tomaba inflexiones chillonas, con amagos de asfixia. Cortábase unas veces bronca y desigual y a intervalos quedaba ahogada, extinguida tras el esfuerzo. Acudía entonces al ademán implorante y movía la cabeza con desesperación, negando las palabras de Jack.

Reinaba en la sala un silencio de ansiedad y de recogimiento imponente, en presencia de aquel pugilato abnegado, sublime pacto de amistad años atrás concertado y al que hacían honor los dos amigos disputándose el sacrificio de sus vidas.

Algunos viejos, experimentados en el acerbo dolor de la existencia, alcanzaban mejor cuán honda y bella era la generosidad de aquellos dos corazones. Una lágrima furtiva deslizábase de sus ojos cansados y rodaba inquieta por los surcos de sus rostros.

Jack redoblaba con fuerza sus argumentos. Ya no era a Bud sólo a quien trataba de salvar; era a Juanita, su amor oculto que, en aquel instante supremo, sentía reavivar ante la presencia de la joven en cuyo leve temblor de labios creía adivinar una muda plegaria.

—Repito que Bud es inocente. Ha inventado esa historia... para salvarme—replicó con entonación resuelta.

Bud opuso con todas sus fuerzas:

—¿Acaso tiene cara de culpable Jack? ¿No es evidente que está tratando de salvarme?

—Y al querer cargar con un delito que no

has cometido, Bud, ¿no pensaste un momento que olvidabas a Juanita y al pequeño Jack?

Bud experimentó como un alfilerazo en el corazón; pero se sobrepuso:

—¡Yo maté a Rand... y estoy dispuesto a sufrir mi castigo!

El juez intervino:

—No puedo menos de admirar—dijo—la manera con que estos dos amigos pretenden sacrificarse el uno por el otro; pero el acusado está confeso de su delito y en consecuencia pido para Jack Mills la pena de muerte.

Bud avanzó unos pasos hacia la mesa del tribunal, y convulso, agitado, gritó:

—Señor Juez, declaro bajo juramento que yo maté a Rand...

Le faltaron las fuerzas. Sentíase morir.

—Adiós, Jack... Protege a Juanilla y a...

No pudo terminar. Tambaleóse un instante y rodó por el suelo exánime.

Juanita lanzó un grito. Jack permanecía como atontado mirando el cadáver de su amigo.

Y el juez, con entonación respetuosa, rectificó la sentencia:

—El verdadero culpable será juzgado ante el más alto tribunal... Y que el Supremo Juez tenga misericordia de él...

Pasó el tiempo, que poco a poco fué borrando antiguas tristezas y recuerdos de pesadilla.

Encaramado en la valla del jardín, un mocetón robusto, soberbio ejemplar de la pradera,

departe con un muchacho de ojos espabilados y vivarachos. Los dos se llaman Jack.

El pequeño le dice al grande:

—Papá Jack, canta esa canción de los vaqueros.

Papá Jack estira el cuello y lanza a pleno pulmón el canto:

Yo soy vaquero de profesión...

Pero a tu mamá...

no le gusta... esta canción.

Juanita, con aquel andar suave y quedo de mujercita hacendosa, va y viene, atareada. Nada se escapa a su mirada, ni el grupo de los dos Jack, que soportan inquietos la fiscalización metálica de sus ojos oscuros...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

LA DELICIOSA COMEDIA

EL HOMBRE MOSCA

Creación felicísima de

Harold Lloyd (El)

* * *

Postal regalo: BLANCHE SWEET

Precio: 30 céntimos

32 páginas

Numerosas fotografías

LA NOVELA FILM se pone a la venta en
todos los quioscos de España todos los martes

Exclusiva de distribución :

"Sociedad General Española de Librería, S. A."

Barbará, 16 - BARCELONA

Ferraz, 21 - MADRID

007 NFI(98)

Los Grandes Films
de
La Novela Semanal Cinematográfica

han publicado recientemente
dos grandes asuntos

El Capitán Blood
y
Más fuerte que su amor

**

A estos éxitos seguirá el de

ELLA

(del CIEC).

**

Esmerada presentación. Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

